

Christian White

LA NIÑA DE NINGUNA PARTE

Traducido del inglés por Laura Vidal

Título original: *The Nowhere Child*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Kaplan/DeFiore Rights y The Foreign Office.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Christian White, 2018

© de la traducción: Laura Vidal Sanz, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-432-0

Depósito legal: M. 4.764-2019

Printed in Spain

A mis padres, Ivan y Keera White

Melbourne, Australia

Ahora

—¿Te importa si me siento? —preguntó el desconocido.

Tenía cuarenta y tantos años, era atractivo, de aspecto tímido y hablaba con acento americano. Llevaba un anorak brillante por el agua y deportivas amarillo chillón. Debían de ser nuevas, porque chirriaban cuando movía los pies. Se sentó a mi mesa sin esperar contestación y dijo:

—Eres Kimberly Leamy, ¿verdad?

Yo estaba en un descanso entre clase y clase en la escuela Northampton Community TAFE, donde enseñaba Diseño y Fotografía tres noches a la semana. Por lo general la cafetería estaba a rebosar de alumnos, pero aquella noche se había quedado desierta y tenía un aire fantasmal, posapocalíptico. Llevaba casi seis días lloviendo sin parar, pero los dobles cristales aislaban el ruido.

—Kim a secas —dije, un poco irritada.

Faltaba poco para que se me terminara el descanso y había estado disfrutando de la soledad. A principios de semana había visto un ejemplar muy gastado de *Cementerio de animales*, de Stephen King, calzando la pata de una mesa de la sala de profesores y desde entonces me había dedicado a leerlo casi sin interrupción.

Siempre he sido una gran lectora y el terror es mi género favorito. Mi hermana pequeña, Amy, a menudo me miraba

exasperada terminar tres libros en el mismo tiempo que le llevaba a ella leer uno.

La clave de leer rápido es tener una vida aburrida, le dije en una ocasión. Amy tenía novio y una hija de tres años. Yo tenía a Stephen King.

—Me llamo James Finn —dijo el hombre.

Dejó una carpeta marrón en la mesa, entre los dos, y cerró los ojos un momento, como un nadador olímpico que se prepara mentalmente para tirarse al agua.

—¿Eres alumno o profesor? —le pregunté.

—En realidad ninguna de las dos cosas.

Abrió la carpeta, sacó una fotografía de veinte por veinticinco y la deslizó por la mesa hacia mí. Había algo mecánico en su forma de moverse. Cada gesto era calculado y seguro.

La fotografía era de una niña pequeña sentada en un césped verde y tupido. Tenía dos o tres años, ojos azul intenso y pelo oscuro enmarañado. Sonreía, pero con desgana, como si estuviera harta de que la fotografiaran.

—¿Te suena de algo? —preguntó el hombre.

—No, me parece que no. ¿Debería?

—¿Te importaría mirar otra vez?

Se reclinó en el respaldo de la silla y entrecerró los ojos, evaluando atento mi reacción. Para complacerle, volví a mirar la foto. Los ojos azules, la cara desdibujada por el exceso de luz, la sonrisa que no era en realidad una sonrisa. Quizá ahora sí me sonaba.

—No sé, lo siento. ¿Quién es?

—Se llama Sammy Went. Esta fotografía es de cuando cumplió dos años. Tres días después desapareció.

—¿Qué quieres decir?

—Se la llevaron de su casa en Manson, Kentucky. De su dormitorio de la segunda planta. La policía no encontró indi-

cios de allanamiento. No hubo testigos, ni una carta pidiendo rescate. Desapareció sin más.

—Ah, me parece que a quien buscas es a Edna Olson. Es profesora de Criminología. Yo soy del departamento de Arte, pero a Edna le vuelve loca todo eso de los crímenes de la vida real.

—He venido a verte a ti —dijo, y carraspeó antes de seguir—. Hay quien piensa que se adentró en el bosque y se la llevó un coyote o un puma, pero ¿cuánto puede adentrarse en un bosque una niña de dos años? Lo más probable es que a Sammy la raptaran.

—... Vale. Así que eres investigador.

—En realidad soy contable. —Exhaló despacio y olió hierbabuena en su aliento—. Pero crecí en Manson y conocí bastante bien a la familia Went.

Faltaban cinco minutos para que empezara mi clase, así que consulté mi reloj sin disimulo.

—Siento mucho lo de esta niña, pero me temo que tengo clase. Por supuesto me encantará ayudar. ¿Qué donativo tenías pensado?

—¿Donativo?

—¿No estás recaudando dinero para la familia? ¿No es lo que buscas?

—No necesito tu dinero —dijo con frialdad. Me miró con curiosidad, arrugando la cara—. Estoy aquí porque creo... que estás relacionada con todo esto.

—¿Relacionada con el rapto de una niña de dos años? —reí—. No me digas que has venido desde Estados Unidos para acusarme de secuestro.

—No me estás entendiendo —dijo—. Esta niñita desapareció el 3 de abril de 1990. Lleva desaparecida veintiocho años. No creo que secuestraras a Sammy Went. Creo que eres Sammy Went.

En mi clase de Fotografía había diecisiete alumnos, una mezcla de edades, razas y géneros. En un extremo del espectro estaba Lucy Cho; tan recién salida del instituto que todavía se ponía una sudadera de capucha con las palabras *Instituto Mornington* estampadas en la espalda. En el extremo opuesto se encontraba Murray Palfrey, un jubilado de setenta y cuatro años con mucho tiempo libre que tenía la costumbre de hacer crujir los nudillos cada vez que levantaba la mano.

Era noche de presentación de portfolios, cuando los alumnos salían al frente de la clase para enseñar y comentar las fotografías que habían hecho durante el semestre. La mayoría de las presentaciones eran anodinas. La mayoría eran técnicamente correctas, lo que significaba que algo estaba haciendo bien yo, pero el tema elegido era en gran medida el mismo que el de las presentaciones del año anterior y del anterior a ese. Vi el mismo grafiti en la misma pared cuarteada de ladrillo que el semestre pasado; la misma cabaña ahogada en enredaderas en los jardines Carlton; la misma tormenta oscura y tétrica vertiendo agua marrón en el río Egan.

Pasé casi toda la clase con el piloto automático puesto.

Mi encuentro con el contable estadounidense me había dejado inquieta. No porque creyera lo que había dicho, sino porque no me lo creía en absoluto. Vamos a dejar una cosa clara. Mi madre, Carol Leamy, era muchas cosas —y digo «era» porque lleva muerta cuatro años—, pero no una secuestradora de niños. Bastaba con pasar un minuto con ella para saber que era incapaz de tener un secreto, y mucho menos si ese secreto era el secuestro internacional de una niña.

James Finn se equivocaba respecto a mí y estaba bastante segura de que nunca encontraría a esa niña, pero me había recordado una verdad incómoda: que el control es una ilusión. Los padres de Sammy Went lo habían aprendido por las malas, con la pérdida de una hija. Yo también, con la muerte

de mi madre. Se fue, hasta cierto punto, de repente: yo tenía veinticuatro cuando le diagnosticaron un cáncer y veintiséis cuando la mató.

Tal y como yo lo veo, las personas que pasan por algo así salen diciendo una de estas dos cosas: «Todo ocurre por una razón» o «Vivimos en un mundo caótico». Hay variantes, claro: «Los caminos del Señor son inescrutables» y «La vida es una mierda». Yo era de los que piensan esto último. Mi madre ni fumaba ni se pasó la vida trabajando en una fábrica textil. Se alimentaba bien, hacía ejercicio y, al final, nada de eso contó.

Así que el control es una ilusión.

Cuando me di cuenta de que me había pasado las presentaciones de portfolios soñando despierta, me terminé el café, ya frío, e intenté concentrarme.

Le tocaba a Simon Daumier-Smith enseñar su trabajo. Simon era un chico tímido, callado, de veintipocos años, que casi siempre se estaba mirando los pies. Cuando levantaba la vista, un ojo vago nadaba detrás de sus gafas igual que un pez.

Estuvo unos minutos colocando con torpeza una serie de fotografías de veinte por veinticinco en los caballetes expositores que había en la parte delantera del aula. Los alumnos empezaban a impacientarse, así que le pedí a Simon que nos hablara de la serie mientras la preparaba.

—Eh... sí, claro... Vale. —dijo peleándose con una de las fotografías. Se le escapó de la mano y la persiguió por el suelo—. Pues sabía que teníamos que buscar... esto... yuxtaposiciones y... no estoy completamente seguro de... bueno, de haber comprendido lo que es eso. —Colocó la última fotografía en el caballete y dio un paso atrás para que el resto de clase pudiera ver su trabajo—. Supongo que puede decirse que esta serie es una yuxtaposición de fealdad y belleza.

Para mi total y absoluta sorpresa, la serie de fotografías de Simon Daumier-Smith era... extraordinaria.

Había seis en total, todas con enfoque idéntico. Debía de haber sujetado la cámara con un trípode y sacado una fotografía cada pocas horas. La composición era desnuda y sencilla: una cama, una mujer y su hijo. La mujer tenía la edad de Simon, y una cara picada pero bonita. El niño tendría unos tres años, mejillas artificialmente sonrosadas y el ceño enfermo y fruncido.

—Las hice todas la misma noche —explicó Simon—. Son mi mujer, Joanie, y nuestra hija, Simone. No la llamamos así por mí, por cierto. Mucha gente cree que le pusimos mi nombre, pero la abuela de Joanie se llamaba Simone.

—Cuéntanos más cosas de la serie, Simon —dije.

—Vale, pues... Simone no durmió en toda la noche por la tos ferina y... bueno, estaba muy agitada, así que Joanie la metió en la cama.

La primera fotografía mostraba a la madre acostada con la niña acurrucada contra su cuerpo. En la segunda, la niña estaba despierta y llorando, intentando apartarse de su madre. En la tercera daba la impresión de que la mujer de Simon se estaba hartando de que le sacaran fotos. Las fotos siguientes daban la misma impresión hasta llegar a la sexta, que mostraba a madre e hija durmiendo a pierna suelta.

—¿Dónde está la fealdad? —pregunté.

—Bueno... en esta, la pequeña Simone, esto... la niña retratada, babea. Y por supuesto en la foto no se ve, pero en esta mi mujer roncaba muchísimo.

—No veo fealdad —dije—. Veo algo... corriente. Pero hermoso.

Simon Daumier-Smith no llegaría a ser fotógrafo profesional, de eso estaba casi segura. Pero con esa serie de fotografías que llevaban el sencillo título de *Niña enferma* había creado algo genuino y real.

—¿Se encuentra usted bien, señora Leamy? —preguntó.

—Llámame Kim —le recordé—. Y estoy perfectamente.
¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, porque... está llorando.

Pasaban las diez cuando volví a casa en coche por el paisaje gris de Coburg. La lluvia caía en una cortina gruesa y torrencial sobre el techo del Subaru. Diez minutos después estaba en casa. Aparqué y corrí bajo la lluvia hacia el edificio donde estaba mi apartamento, con el bolso encima de la cabeza a modo de paraguas.

En el rellano del tercer piso había un intenso olor a ajo y a especias; el aroma extrañamente reconfortante de vecinos a los que nunca había visto. Mientras me dirigía hacia mi puerta, Georgia Evvie, mi vecina de enfrente, asomó la cabeza.

—Kimberly, me imaginaba que serías tú. —Era una mujer gruesa de sesenta y pocos años, con ojos cansados e inyectados en sangre. Georgia la Gorda, había oído llamarla a un vecino a sus espaldas—. He oído el ascensor, he mirado la hora y pensado: ¿quién más llega a casa casi a medianoche?

Eran las diez y media.

—Lo siento, señora Evvie. ¿La he despertado?

—Uy, qué va, soy un búho. Claro que Bill se acuesta a las nueve, así que es posible que sí te haya oído, pero no se ha quejado. —Agitó una mano como quitándole importancia—. Y si se hubiera quejado le habría recordado que eres joven. Los jóvenes hoy en día trasnochán mucho, al parecer incluso entre semana.

—Ya...

Nadie había visto nunca al marido de Georgia y había pocas pruebas de su existencia. Claro que podía estar sepul-

tado bajo la porquería que acumulaba su mujer. Por las veces que lo había entrevisto cuando Georgia salía a la puerta, sabía que el 3° E estaba atestado de torres inclinadas de basura: libros, facturas y cajas llenas hasta arriba. La única ventana que veía desde el descansillo estaba tapada con periódicos y, aunque no los había visto, estaba convencida de que flotando en aquel caos había uno o dos gorros de papel de aluminio.

—Pues, visto que estás despierta... —empezó a decir. Georgia estaba a punto de invitarse a mi casa a tomar una copa. Yo lo único que quería era subir la calefacción, tumbarme en el sofá con Stephen King y escuchar los sonidos reconfortantes, predecibles de mi apartamento: el ronroneo de la nevera, el susurro de los conductos de climatización, el suave zumbido del cargador de mi portátil...—. ¿Y si nos tomamos una copa?

Con un suspiro dije:

—Claro.

Desde la muerte de mi madre me resulta casi imposible decir no a una mujer solitaria.

Mi apartamento de un dormitorio estaba poco amueblado, lo que lo hacía parecer gigantesco. Incluso Georgia la Gorda parecía pequeña sentada en la butaca verde junto a la ventana manchada de lluvia del cuarto de estar, quitándose hebras de su pantalón de chándal y dejándolas caer en mi suelo de madera.

Cogí una botella de vino de la cocina y nos serví una copa a cada una. Lo bueno de tener a Georgia en casa es que no tenía que beber sola.

—¿Qué crees tú que se cuece ahí arriba, Kim?

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En el 3° C. Los oigo hablar todo el día en iraqués, o lo que sea.

—Ah. Los del 3° C. Huele a algún plato con curri.

Me rugió el estómago. Había buscado algo de comer en la cocina y encontrado solo condimentos. Tendría que contentarme con el vino.

—No hablo de cocina. —Georgia bajó la voz hasta que fue un susurro—. Hablo de lo que planean.

Georgia estaba convencida de que los inquilinos del 3° C eran terroristas basándose en dos cosas: eran de Oriente Medio y en su buzón figuraba el nombre de Mohamed. Le había explicado varias veces que no todas las personas de piel morena eran terroristas, pero que, en todo caso, dudaba de que Coburg, Australia, fuera un objetivo interesante para un posible atentado. Pero Georgia se limitaba a negar con la cabeza con expresión seria y a decir: «Ya lo verás».

—¿Cómo es que vuelves tan tarde, Kim? Supongo que has estado de fiesta.

—Trabajo por las noches, señora Evvie. Lo sabe.

Sorbió su vino y el sabor le hizo arrugar el ceño.

—No sé cómo podéis aguantar ese ritmo los jóvenes. Por ahí a todas horas haciendo Dios sabe qué.

Me apresuré a terminarme el vino y a servirme otra copa, diciéndome que esta vez daría sorbos más espaciados y contemplativos. Quería cogerme una borrachera leve, brumosa, que me ayudara a dormir.

—Hoy me ha pasado una cosa muy rara, señora Evvie —dije—. Se me acercó un hombre en el trabajo.

—Menos mal —dijo, sirviéndose más vino—. Ya era hora, Kim. Las mujeres tenemos solo unos años para cazar a un hombre. Entre los quince y los veinticinco. Luego se acabó. Yo tenía diecisiete cuando conocí a Bill y dieciocho cuando me casé con él.

Encontró un mando a distancia encajado entre los cojines verdes de la butaca y encendió la televisión. Con todas sus

manías persecutorias y su racismo ocasional, lo que en realidad buscaba era compañía.

Me acurruqué en el sofá vecino y abrí el portátil mientras ella pasaba de un canal a otro a todo volumen.

Mi intención había sido navegar un rato por internet, quizá espiar a un amigo del instituto o hacer limpieza de correos electrónicos, pero me pudo la curiosidad. Cuando abrí una pestaña nueva y busqué «Sammy Went + Manson», fue como si mis dedos actuaran por su cuenta. Me recordó a la manera en que había manipulado James Finn aquella carpeta marrón.

El primer vínculo me llevó a un artículo de periódico del 7 de abril de 1990. El artículo había sido escaneado con arrugas y borrones de tinta incluidos. Las palabras se empastaban unas con otras, haciéndome sentir como un investigador a la antigua usanza revisando material microfilmado.

LA POLICÍA BUSCA A UNA NIÑA DESAPARECIDA

La búsqueda de una niña de dos años desaparecida en las inmediaciones de Manson continuó el viernes con voluntarios y agentes del orden.

Sammy Went, de Manson, desapareció de su casa el martes por la tarde y su búsqueda en la ciudad y los alrededores no ha dado ningún resultado.

«Confiamos en encontrar a Sammy y devolverla a su casa sana y salva», declaró el *sheriff* Chester Ellis. «En este momento trabajamos sobre el supuesto de que se trata de una operación de rescate.»

La policía no cree que la desaparición de la niña sea resultado de una acción delictiva, pero no quiso descartar ninguna hipótesis.

Cientos de habitantes de Manson peinaron el viernes la extensa zona boscosa que rodea la casa de los Went.

La voluntaria Karen Peady, residente en Manson desde hace muchos años, expresó así sus temores: «Las noches son frías y por esta zona hay muchos animales salvajes, pero lo que más miedo me da es que haya podido llevársela un hombre. Es tentador pensar que los males de la América moderna no han llegado todavía aquí a Manson, pero hay mucho enfermo por ahí suelto, incluso en una ciudad pequeña como esta».

La última vez que se vio a Sammy llevaba camiseta amarilla de manga larga y un pantalón corto de pijama color azul. La policía agradece cualquier información que sea de ayuda para la investigación.

El artículo iba acompañado de la misma fotografía que me había enseñado James Finn, solo que en blanco y negro. Los ojos azul intenso de Sammy eran aquí oscuros y su cara con exceso de luz era muy blanca y casi sin facciones.

Una nueva búsqueda me condujo a una fotografía de Jack y Molly Went, los padres de Sammy. Se había hecho en los días inmediatamente siguientes a la desaparición y los mostraba en los escalones de entrada a la comisaría de Manson.

Parecían desesperadamente cansados, con las caras tensas y el miedo grabado en los ojos. En concreto Molly Went parecía víctima de un daño irreparable, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y este funcionara en modo piloto automático. Tenía la boca torcida con una mueca tan rígida que le daba aspecto de trastornada.

Estudí sus facciones en la pantalla y las comparé con las mías. Teníamos la misma nariz larga y angulosa y los mismos párpados caídos. Parecía mucho más baja que yo; en cambio Jack Went debía de medir más de un metro ochenta. Cuanto más los miraba, más me veía en ambos: en las orejas pequeñas y pálidas de Jack Went, en la postura de Molly Went, en

las anchas espaldas de Jack, en el mentón afilado de Molly. Un poco de ADN de la columna A y otro poco de la B.

Por supuesto, eso no significaba nada. Sentía lo mismo cuando leía el horóscopo; los horóscopos están pensados para que el lector lea lo que quiere leer.

¿*Quiero verme en Jack y Molly Went?*?, me pregunté. La pregunta me sorprendió y pronto me bulleron otras en la cabeza. ¿Acaso los ojos de Sammy no eran del mismo azul intenso que los míos? ¿No podían esas piernas gordezuelas haberse transformado en los largos palillos que tenía yo? Y si Sammy estuviera viva, ¿no tendría más o menos mi edad?

¿Seguían Jack y Molly Went esperando respuestas? Cada llamada de teléfono, cada golpe en la puerta ¿los llenaría de esperanza, de miedo o de una mezcla de ambas cosas? ¿Verían la cara de Sammy en cada mujer con la que se cruzaban por la calle o habían encontrado la manera de seguir adelante con sus vidas?

La mayor pregunta de todas atravesó mis pensamientos como una esquirla de cristal: ¿De verdad podía Carol Leamy, una mujer que se había formado como trabajadora social y pasado casi toda su vida laboral como responsable de recursos humanos en una empresa que vendía y fabricaba alcayatas, ser capaz de...?

Me abstuve de ir más allá. Las implicaciones eran demasiado graves y, a decir verdad, demasiado absurdas.

Unos fuertes ronquidos me arrancaron del ordenador. Georgia se había quedado dormida en la butaca verde con la copa de vino en precario equilibrio entre los dedos pulgar e índice. Le quité el vino, apagué el televisor y le tapé las piernas con una manta roja esponjosa. Si ocurría lo que otras veces, seguiría dormida unas cuantas horas. Alrededor de las tres de la mañana se despertaría e iría al baño, antes de volver a su casa dando traspiés.

La dejé donde estaba, me fui al dormitorio y me metí en la cama. Cuando me dormí, soñé con un hombre alto hecho por completo de sombras. El hombre de sombras aparecía en la ventana de mi habitación y me cogía con unos brazos imposiblemente largos. Me llevaba por un camino de tierra largo y estrecho flanqueado por altos árboles.